

Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la postmodernidad

Manuel González Fernández
Luis Alfonso Camarero Rioja

Lo rural se convierte hoy, antes que la ciudad, en el soporte para las reivindicaciones sobre la calidad de vida y en la fuente de inspiración para una argumentación crítica del desarrollo económico. (Mormont, 1997: 27).

Desarrollo se ha convertido en un sustantivo tan polisémico que en la actualidad necesita de apellidos para conservar algún significado. Así el desarrollo es local y/o rural y/o endógeno y/o auto-sostenido y/o integrado y/o participativo... Ello no hace sino mostrar que existen muchos objetivos para la acción de transformar, fin último y común en todas las acepciones de desarrollo. Las diferencias estriban en el qué transformar, en el cómo, y en el por quién o por quienes.

En otro lugar se ha apuntado el carácter moral, valorativo y voluntarista del concepto de desarrollo (González Fernández, 1996). Ya que desarrollar es «acrecetar, dar incremento a una cosa [...] progresar, crecer económica, social, cultural o políticamente las comunidades humanas» (Diccionario de la Lengua Española, 1992), implica poseer una escala a través de la cual pueda medirse, hacerse perceptible ese crecimiento o mejora. A menos que aceptemos la lógica unilineal y evolucionista, que naturaliza –asimila a los procesos biológicos– y universaliza tal escala de valor (según la cual todas las sociedades han de recorrer el mismo camino –«curiosamente» el que han venido marcando las sociedades occidentales, de corte urbano, industrial, capitalista, democrático...–) hemos de aceptar que esa dimensión moral y valorativa se traslada a los diferentes epítetos que se añaden al término desarrollo. Para unos, será deseable que la población local sea la protagonista de los procesos de cambio en que se ve envuelta: estamos hablando de desarrollo endógeno; para otros, lo importante es dejar de lado el énfasis economicista que se asocia con este término e inciden en que la acción institucional debe integrar, de manera participativa, a las comunidades locales: así planteado, el desarrollo sólo será considerado como tal en la medida

en que vaya acompañado del adjetivo social o comunitario; algunos consideran que lo fundamental es mantener el equilibrio entre la mejora de la vida humana y la conservación de los recursos: estamos ante un desarrollo sostenible.

Si bien existen muchos diferentes desarrollos, dos son los principales argumentos que se utilizan habitualmente cuando se habla de desarrollo rural. Por una parte, desde la concepción más clásica, el desarrollo trata de superar el subdesarrollo. Dentro de esta lógica, que ve el crecimiento económico como motor del bienestar social, existen zonas, regiones, poblaciones o sociedades atrasadas en función de aquéllas que marcan las máximas tasas de crecimiento. Así el desarrollo trata de que los que están atrás –muy a menudo las zonas rurales– avancen al mismo ritmo que quienes comparten las posiciones de cabeza –frecuentemente ocupadas por regiones urbanas–. Es decir, que todos crezcan aceleradamente y que no haya desigualdad en el crecimiento. En otro sentido, se han ido proponiendo, recientemente, otra serie de concepciones del desarrollo, en clara oposición al crecimiento paneconómico y unilineal, que apuestan por la singularidad de las poblaciones, regiones y sociedades. El crecimiento es ahora limitado y busca fortalecer la independencia de las áreas y sociedades en las que se aplica.

Sin embargo, detrás de ambas propuestas solemos encontrar el mismo punto de partida: la sociedad rural es una sociedad aparte, intrínsecamente diferenciada. Desde la lógica liberal de desarrollo se considera a la sociedad rural como fruto del atraso, siendo objeto prioritario la modernización de la misma. Por el contrario, desde la óptica de la sustentabilidad las sociedades rurales constituyen un reducto imbatido por la perversidad del progreso, reducto que debe ser apuntalado como faro en un mar urbano-industrial. Unos proponen la disolución de las diferencias –económicas, sociales y culturales– y los otros el mantenimiento de los hechos diferenciales. Pero ambas perspectivas beben de las mismas fuentes al considerar a la comunidad rural como un organismo cerrado. Quizás el despropósito de los primeros y el escaso éxito de los segundos tenga aquí su principal fuente de error.

Este artículo se plantea indagar en los elementos (ocultos) de la ruralidad de cara a mos-

trar las tramoyas que sostienen su construcción. Suponga el lector, sólo por un momento, que las comunidades rurales no sean tan cerradas, ni tan refractarias al cambio, como ha supuesto la literatura al uso. Es decir, pregúntese qué sucedería si, lo rural no designase tanto a otra sociedad como a una parte, no necesariamente al margen, de la sociedad global. En la medida en que ello fuera cierto los paradigmas del desarrollo necesitarían de algunas modificaciones.

De hecho, frente a la representación esencialista de lo rural, se han venido planteando otras concepciones. Autores como Jollivet (1997) han hecho notar que se ha pasado de pensar en el contenido «el mundo rural» para fijarse en el continente «el espacio rural». Otros como Mormont (1996), se muestran más radicales llegando a afirmar que lo rural es simplemente una categoría social. Progresivamente se habla antes de espacios sociales que de «mundos» diferentes, y lo rural, considerado hasta ahora como variable independiente, se convierte en variable dependiente. La naturaleza de lo rural ya no se construye desde una diferencialidad productiva –la agricultura– sino que es entendida como una distinción social, distinción que se elabora por la interacción de diferentes actores. Así lo afirma por ejemplo Halfacree (1997) cuando se refiere a la transición desde la era de la ruralidad «productivista» hacia una ruralidad «postproductivista». La cultura de la modernidad ha dominado los espacios rurales a través de la hegemónica actividad agropecuaria fomentando el productivismo ilimitado. Ahora la posmodernidad, en cuanto cultura crítica, trastoca el panorama reclamando una diversidad de usos. Mormont (1996) lo explica señalando que la categoría de lo rural describe las divisiones del espacio, históricamente se ha utilizado para señalar la desaparición del campesinado y en la actualidad para reflejar la distribución de los valores de trabajo y de ocio.

El hecho de que lo rural sea ante todo una categoría social, referida a la distribución espacial, que se construye mediante la negociación, a veces conflictiva, entre múltiples actores, hace que lo rural sea básicamente una categoría socio-política. Murdoch y Marsden (1991) se preguntan cómo ciertos actores e intereses se imponen en la competición por los espacios rurales, cómo ciertos grupos son capaces de

crear este espacio a su propia semejanza... Aquí es donde estriba el primer escollo para el desarrollo rural. Lo rural no es una entidad física sino un resultado de la acción social.

Sobre tales consideraciones se construye lo que sigue, donde se observarán tres síntomas que muestran la apertura de lo rural en la sociedad global y la dependencia de ésta de lo rural. El intercambio de personas, mercancías y mensajes son los elementos que muestran la existencia de un nuevo marco —de flujos— desde el que pensar lo rural y especialmente el desarrollo.

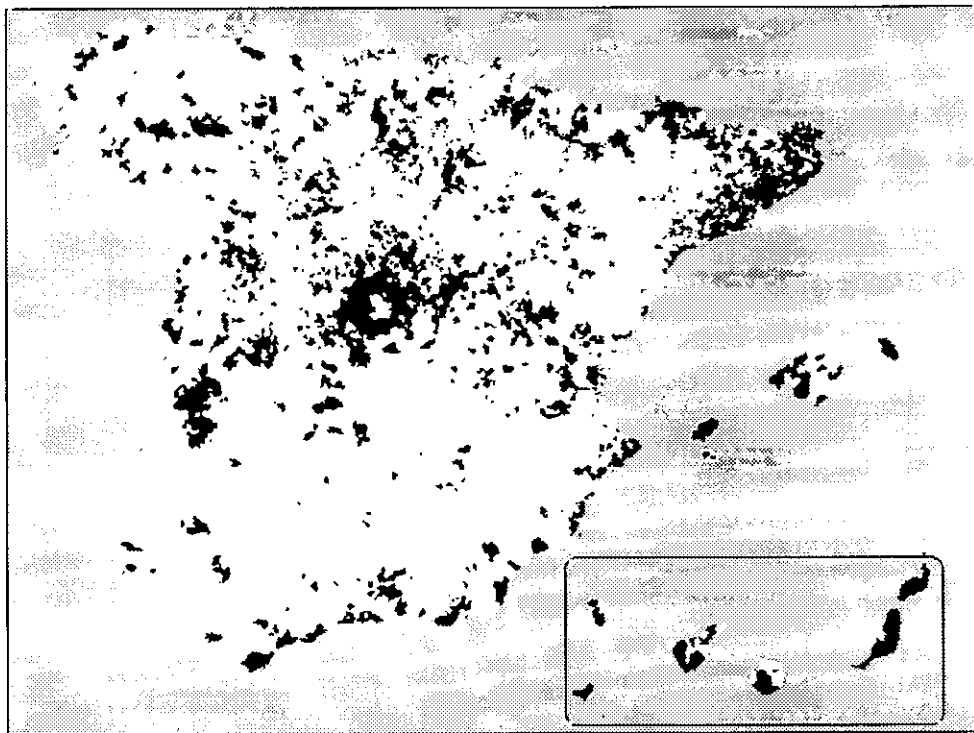
1. Movilidad y nomadismo: individualismo y neo-tribalismo

La itinerancia espacial es una marca de clase de las sociedades postindustriales, y esta itinerancia es un *fluir* incesante entre espacios rurales y urbanos. Este

fenómeno ha sido destacado por diversos autores. Desde que en los años 60 Pahl (1965) señalara el impacto que los nuevos residentes producían en la estructura social de las poblaciones rurales receptoras, se han sucedido infinidad de investigaciones en esta línea: Newby (1980) estudiaba las alianzas y conflictos entre nuevos y viejos residentes, Cloke (1983) utilizaba el término de «gentrification» del campo, mientras desde la geografía se acuñaba el concepto de contraurbanización. (Berry, 1976; Champion 1989). En nuestro país la movilidad residencial ha sido señalada por Camarero (1994), la movilidad laboral por Oliva (1995) y la movilidad en mercados laborales agrarios por Pedreño (1998).

Desde el paradigma de la reestructuración rural¹ se ha intentado explicar la alta movilidad residencial a través de la movilidad laboral como resultado de las nuevas divisiones espaciales del trabajo que impone la creciente movilidad del capital en el seno de una economía globalizada y postfordista. Sin embargo

EL IMPACTO DE LOS NUEVOS RESIDENTES (Municipios con más del 15% de vecinos llegados durante 1981-91)



Fuente: Censo de Población 1991. INE.
Elaboración propia.

otros procesos como la fuerte movilidad residencial de grupos inactivos han quedado fuera de estas interpretaciones. Los autores de la reestructuración, a pesar de su énfasis en los procesos productivos han ido reconociendo, sin embargo, la importancia que los procesos reproductivos –el consumo– iban teniendo en el propio proceso de reestructuración. Uno de los primeros en señalarlo de manera explícita es Urry (1984) al observar que, en primer lugar, la movilidad residencial es un fenómeno de mayor calado y que no es reducible a la movilidad laboral, en segundo lugar que existe un desajuste en las explicaciones clásicas que ligan los movimientos migratorios con ofertas locales de empleo, hasta el punto en que se observa una fuerte correspondencia entre localidades de emigración e inmigración. Y en tercer lugar «el trasvase de población desde áreas urbanas y especialmente desde las conurbaciones hacia áreas menos urbanas y más rurales no es simplemente el resultado de cambios en la demanda de mano de obra debido a la reestructuración económica. Tiene relación con el incremento de las tendencias de privatización de la sociedad civil, o del rechazo de ciertas formas de reproducción de la mano de obra basadas en la socialización urbana, ello es posible por el crecimiento y extensión del transporte privado.» (1984; 84)

Así frente al esquema dominante durante la era industrial de reproducción socializada se imponen nuevas formas de privacidad de la reproducción. Al igual que la ciudad urbano-industrial buscaba favorecer las economías de escala mediante la concentración de recursos y mano de obra (energía), la comunidad local optimizaba las formas de reproducción (mercado, colegio, hospital, solidaridades...). Sin embargo en la medida en que el consumo, especialmente en su vertiente postmaterial (ocio) adquiere una mayor importancia en los procesos de organización social se fortalece la privacidad, emerge lo individual frente a lo público y colectivo.

Sirva como mera ilustración de lo que se está diciendo la vivienda unifamiliar adosada. El «adosado», edificación prototípica de la contraurbanización es construido, generalmente en torno a pequeños núcleos rurales periurbanos, son viviendas que contienen un jardín pequeño, o una huerta simbólica, y que generalmente están rodeadas de prados, bosques o

cultivos. Es decir, el habitante del adosado demanda un entorno natural, pero lo reproduce privadamente, e incluso lo valla para que no pueda ser visto (consumido) por los demás.

Lo que se está señalando es que la movilidad, la alta movilidad, es insuficientemente explicada por el mecanicismo económico. En este sentido Halfacree (1997) se pregunta por los movimientos de contraurbanización como expresión de la condición postmoderna. En su reflexión este autor señala que las tendencias de emigración hacia lo rural son expresión de la generación de identidades neo-tribales, en el sentido dado por Maffesoli al término. Los nuevos residentes construyen de lo rural un estilo de vida.

Por último, esos mismos cambios culturales propician que determinados espacios rurales se presenten como especialmente aptos para distintas formas de consumo –como el turismo– de carácter estacional o cíclico –fines de semana, vacaciones...–. Los turistas y muchos otros «colectivos móviles» no aparecen en los censos, pero incrementan –a veces exponencialmente– la población de determinados lugares durante una parte significativa del año. Ello permite la mejora de determinadas infraestructuras, el mantenimiento de ciertos servicios (públicos y privados, como instalaciones deportivas, comerciales...) que jamás se justificarían exclusivamente por la entidad de la población estable.

En resumen lo rural se ve sometido a fuertes presiones como espacio residencial y de ocio, con independencia de los factores económicos y productivos, siendo lo más destacable de este proceso que lo rural es redefinido continuamente por los nuevos residentes y visitantes estacionales o temporales, incluso potenciales.

2. Las economías rurales entre procesos globalizadores y relocalizadores. El cambio en el modelo de desarrollo

GLOBALIZACIÓN

Uno de los principales acontecimientos históricos de este Siglo, los primeros viajes al espacio, dejaron marcada en la retina colectiva una

imagen: la de la finitud del planeta en el que se desarrolla la existencia de nuestra especie. Los mismos avances tecnológicos que posibilitaron esos viajes han conseguido, en la recta final del S. XX, que tengamos una percepción de la tierra como un lugar cada vez más pequeño, en el cual las personas, los mensajes, la materia, la energía... circulan a una velocidad creciente. La economía, en cuanto constituye uno de los ejes principales de la vida social, no sólo no es ajena a tales procesos, sino que es uno de los campos donde estos son más palpables.

El proceso de globalización supone el progresivo declive de los estados nacionales como escenarios privilegiados donde se desarrolla el juego económico. Siguiendo a S. Amin y N. Thrift (1994), podemos reconocer las principales dimensiones en que se concreta esa relevancia que ahora se concede a la escena mundial:

1) *El carácter central de una estructura financiera internacionalizada.*

2) *La creciente importancia de aspectos inmateriales –como el conocimiento– en la economía.*

3) *La transnacionalización de la tecnología, que implica su carácter compatible.*

4) *La aparición de oligopolios de carácter global.*

5) *La cada vez mayor relevancia de las entidades supranacionales –ONU, UE, TLC...–.*

6) *La emergencia de flujos culturales de carácter global.*

7) *La aparición, en definitiva, de nuevas geografías globales.*

Sobre la globalización se hace a menudo una lectura exclusivamente en positivo. Su reverso negativo –que pone en entredicho la celebración que de este proceso hacen determinados agentes sociales–, se expresa a través de hechos como la vertiginosa concentración monopolística a que se ven sometidas las grandes corporaciones (en sectores clave como las comunicaciones, alta tecnología, información...) y los capitales que las sustentan. Tras lo cual puede seguirse un marcado proceso de recentralización «de facto» del poder económico-político, contradictorio con los principios democráticos.

En cualquier caso, la vertiente amable de la globalización nos muestra que la economía se

vuelve cada vez más indiferente a lo que se ha dado en llamar «fricciones espaciales». Las consecuencias de todo ello para la actividad económica en las áreas rurales han sido, por contraste con una situación histórica de relativo aislamiento y autosuficiencia, notables. El sector más identificado con la economía rural, la agricultura, ofrece numerosos ejemplos de la globalización sin necesidad de salir de nuestro país. Numerosos sectores se han visto sometidos a fuertes procesos de integración vertical –caso de la producción láctea– e intervención administrativa de carácter supranacional –contingentación, ayudas, normativas sanitarias y ambientales...–. Así, los nuevos agricultores ya no miran al horizonte esperando una climatología favorable. Las «condiciones ambientales» de su éxito económico vienen ahora definidas desde Bruselas u otros centros de decisión, dependiendo cada vez más de acuerdos internacionales, del precio de los productos en los mercados mundiales, de competidores de nuestras antípodas...

RELOCALIZACIÓN

En medio de esta situación, y de manera aparentemente paradójica, ya desde finales de los años setenta se viene comprobando la importancia de lo que se denomina «sistemas productivos locales», y su carácter en ocasiones más competitivo que las grandes empresas. Sistemas en los que la variable territorial –entendiendo el territorio como soporte de actividades productivas, poblaciones y relaciones sociales, al tiempo que como referente identitario y de reconocimiento exterior–, se considera determinante a la hora de explicar el éxito comparativo de determinadas regiones o comarcas –a menudo rurales– en momentos de profunda recesión y reestructuración económica en los países occidentales.

Términos como «desarrollo endógeno» se ponen de moda. Los productos se eligen por su procedencia, su «denominación de origen». Determinadas industrias buscan las ventajas de una localización fuera de los centros tradicionales de desarrollo: mayor permisividad por parte de las autoridades locales, menores costes de ubicación, fuerza de trabajo más «dócil» –como la femenina, a menudo entrenada en habilidades repetitivas y escasamente

cualificadas-. Se compensan así unos relativamente mayores costes de transporte que también, en muchos casos, se reducen debido a las mejoras de las comunicaciones. Lo rural se pone de moda como destino turístico o, de manera más estable, como lugar de segunda residencia o retiro, cuando no como el medio ideal para ubicar la residencia principal lejos de la congestión urbana. Tiene lugar, además, un proceso bastante extendido de descentralización política y administrativa, con lo que para algunos se está produciendo «un retorno a la región como unidad básica de organización económica, cultural y política» (Amin y Thrift, 1994: 7).

LAS ECONOMÍAS RURALES ENTRE LO GLOBAL Y LO LOCAL

A la vista de lo expuesto, cabe preguntarse si nos encontramos ante dos tendencias de signo contrario de cuya confrontación debería surgir una sola, un vencedor. Pero sin duda es esta una visión maniquea, simplista e ingenua de algo tan complejo como la vida económica y social. Si el proceso de globalización diluye las barreras de tiempo y espacio, si hace crecer el sistema económico en extensión y complejidad, podemos suponer que lo hará reforzando su diferenciación y especialización interna. La complejidad es un atributo de los sistemas más desarrollados. La homogeneidad lo es de los más simples. Así algunos han considerado que ambos procesos se hayan unidos hasta el extremo de introducir un neologismo que engloba los términos globalización y localización: «Glocalización».

«Este concepto también sugiere que la interrelación local/global de los procesos contemporáneos de reestructuración capitalista deben comprenderse como un proceso simple y a la vez combinado con dos movimientos relacionados de forma inherente, aunque contradictorios» (Swyngedouw, E. en Dunford y Kafkalas 1992: 41).

El espacio rural, y los fenómenos económicos que en él se producen, nos ofrecen una mejor comprensión del carácter complementario de ambos procesos. Para ello hemos de

recordar que asistimos a estrategias de reorganización productiva de carácter global que, favorecidas por las mejoras en las comunicaciones, implican procesos de descentralización y difusión, al tiempo que a la búsqueda de nuevos nichos por parte del mercado. El salto cualitativo que a escala global se produce desde la simple movilidad a la «itinerancia social» y el carácter volitivo que adquieren las categorías espaciales², hace que lo rural comience a aparecer «como refugio-paraiso terrenal» (Mazariegos, J. 1993) y a ocupar un lugar destacado en esos nichos. En este sentido, en el contexto de los nuevos valores y estilos de vida, aparece una cultura del consumidor que prima los productos por su origen y permite que en el espacio rural florezcan, entre otras, ciertas industrias de carácter semi-artesanal³, a menudo vinculadas al sector agroalimentario. Al tiempo que emergen actividades, fundamentalmente del sector hoy en día dominante en la economía —los servicios— que, como en el caso del turismo, buscan explotar nuevos y diferentes recursos del medio rural.

EL CAMBIO EN EL MODELO DE DESARROLLO RURAL

El escenario actual viene definido por la caducidad y paulatina sustitución del modelo de modernización económica, propio de la denominada sociedad industrial y que propondría una relación directa entre los incrementos de la organización racional y tecnológica, de la producción y de los beneficios. Este se halla traspasado por una lógica económica concentradora, homogeneizadora, urbana e industrial, la cual descansa sobre los principios culturales de la Modernidad, a saber: primacía de la razón y el conocimiento científico, racionalidad instrumental, creencia en el carácter lineal y progresivo de la historia... La modernización económica, como «Modernidad en acto» (Touraine, 1993), alcanza su máxima expresión con la producción en masa de mercancías estandarizadas siguiente a la II Guerra Mundial, en un contexto de primacía de las grandes corporaciones, negociación colectiva, aumento sostenido de los ingresos de las empresas y los salarios e intervención estatal garantista⁴, lo que conduce a que esa producción en masa se

corresponda con un consumo igualmente masivo. El Fordismo, pues así se conoce a esta etapa del desarrollo capitalista, confiere a la ruralidad una funcionalidad renovada y estricta: bien la de proveer de contingentes de mano de obra para el proceso de industrialización, de carácter casi exclusivamente urbano –con lo que pierde no sólo una importante cantidad de población, sino también la más joven, más formada...– bien librar grandes producciones agrarias comerciales, con subsectores representativos como los regadíos, la ganadería de leche, el sector horto-frutícola, las granjas, acuicultura y flotas de altura en las zonas costeras, etc. En cualquier caso, el mensaje que para las sociedades rurales se desprende de los principios del Fordismo es claro: o incorporarse a la economía productiva por la vía de la modernización, o permanecer como residuo y anacronismo histórico hasta su absoluta desaparición.

Cuando la modernización no hacía más que empezar para un país de «Fordismo tardío» (Tickell y Peck, 1992) como el nuestro, se producen una serie de crisis que dan al traste con la etapa de acumulación fordista, y tras las que se acaban poniendo en entredicho buena parte de los postulados de la Modernidad. La crisis ambiental y energética, la crisis fiscal del Estado –y, en consecuencia, del modelo de bienestar social–, la saturación de los mercados... ponen en evidencia la necesidad de buscar un nuevo modelo de desarrollo. En el medio rural español se vive con gran intensidad la crisis de la modernización ya que, como hemos dicho, el modelo no había llegado, ni con mucho, a consolidarse. El ingreso en la Unión Europea –entonces CEE– en el año 1986 evidencia la inviabilidad de ciertas estructuras productivas y plantea un nuevo marco de relación de fuerzas entre Estados y con las grandes corporaciones. Los problemas de las cuotas lácteas, de la vid, el olivo o los caladeros muestran la vertiente concreta de la crisis de las actividades primarias, incluso aquellas más modernizadas.

La coartada ideológica del nuevo modelo de desarrollo –al que podemos denominar de territorialización de la economía o economía regional– se buscará a través de los ideales post-modernos: retorno del sujeto frente al imperio ciego de la razón objetiva; diversidad frente a la homogeneización precedente. Tam-

bién parece justificado con la aparición de una nueva fase de acumulación que algunos han denominado como post-fordista, en la que se propone flexibilidad productiva frente a las rígidas economías de escala fordistas. Asimismo, frente a la obsesión por el dominio y transformación de la naturaleza, se valoran la calidad ambiental y los espacios diferentes a las congestionadas ciudades. En las economías regionales comienzan a buscarse alternativas en actividades como la artesanía, los productos con denominación de origen, el turismo o, más en general, los servicios, que se ven fuertemente apoyadas por las líneas de la política comunitaria –reforma de la PAC, Política Regional–, las cuales adquieren una especial relevancia en las regiones que, como en el caso de la casi totalidad de las españolas, se hallan englobadas en los Objetivos 1 y 5b de la Unión Europea.

ECONOMÍA, SOCIEDAD, CULTURA Y TERRITORIO

Una de las consecuencias más notables de los procesos apuntados es la consideración que adquiere la interacción entre la esfera económica y el marco más general de la vida social. En este sentido, los estudios sobre las razones que confieren ventajas competitivas al desarrollo de determinados sistemas productivos locales –es decir, el debate sobre la economía regional– y el descubrimiento de que buena parte de esas razones eran de tipo social en sentido estricto, sirvió para introducir la noción de la «inserción social de la economía» (Mingione, 1994). Tras realizar una crítica a las visiones economicistas⁵ que atribuían a la competencia en el mercado y la consideración autónoma de la conducta competitiva el papel de estructurantes de la vida social, Enzo Mingione nos dirá que tal «honor» le corresponde a la combinación de tres tipos de factores o variables interdependientes, ya reconocidos en su día por el antropólogo K. Polanyi. A saber:

«factores y conductas de tipo comunitario y recíproco; factores y conductas de tipo asociativo-redistributivo, y tensiones y conductas propias del mercado competitivo» (Mingione, 1994: 40).

Es decir, la inserción social (*social embeddedness*) de la economía se resuelve reconociendo la importancia del «contexto social», tal y como se pudo comprobar sobre el terreno en los estudios sobre la «Tercera Italia», realizados fundamentalmente por economistas como Becattini, Bellandi, Triglia... y el papel central que, en la comprensión de estos fenómenos de desarrollo local se atribuye a lo que otro economista, este de finales del siglo pasado, Alfred Marshall, vino a denominar como «atmósfera industrial» (Bellandi, 1986) entendida esta como una cultura local de cualificación e innovación, basada en formas sociales tradicionales y las ventajas cooperativas derivadas del contacto directo desarrollado en los sistemas productivos locales.

Por su parte, Scott Lash y Jonh Urry nos recuerdan que la actividad económica consiste tanto en la producción como en la circulación de bienes. Esta última es cada vez más acelerada, implicando objetos que «se vacían progresivamente de contenido material. Lo que se produce de manera creciente no son objetos materiales sino signos» (1996: 4). Queda pues suficientemente argumentado que «los factores sociales y culturales también viven en el corazón del éxito económico». Los autores de esta frase, A. Amin y N. Thrift (1994: 14) introducen un concepto con resonancias Durkheimianas para englobar esos factores: «densidad institucional» (*institutional thickness*). Entenderán esta como la existencia, en un área local, de una importante cantidad de instituciones de todo tipo –administrativas, formales, informales...–, entre las que se dan altos niveles de interacción, los cuales promueven estructuras de cooperación y/o dominación que sirven para el control social y normativo del conjunto. Todo ello resulta en la representación, por parte de la población local, de que se halla implicada en una empresa común, representación esta que se ve a menudo reforzada por «otras formas de identidad, especialmente diversas formas de identificación socio-cultural (como región, género y etnicidad)» (Amin y Thrift, 1994: 15). Estos argumentos se ven avalados por la creciente consideración de la dimensión política local, reforzada por la tendencia descentralizadora reconocible incluso en aquellos países más centralistas –como Francia o, en su día, la propia España– o por el creciente reconocimiento de la importancia de

la escala regional o subregional por parte de instituciones como la UE, así como por el cada vez mayor protagonismo político de administraciones locales y de la llamada «sociedad civil organizada» –asociaciones, ONG...–.

3. La ruralidad como productora de significados. La construcción identitaria de las sociedades post-industriales

«De eso adolecían los tiempos actuales y por ahí venía la muerte colectiva. Le corroía la gangrena [...] Pero, por misericordia de Dios, le quedaban sanas todavía las extremidades [...] y sólo con la sangre rica de estos miembros podía [...] purificarse y reconstituirse.» «Pues estos miembros sanos –añadió el médico con viril entereza– son las aldehuelas montaraces como esta» (Pereida, 237-8; e.o.1895).

El «menosprecio de corte y alabanza de aldea» es un tópico recurrente en la historia y la literatura⁶. Su importancia reside en que nos revela el carácter dual de la funcionalidad que las distintas sociedades de la historia han conferido a la ruralidad. De estas, la más obvia y ampliamente reconocida es la que denominaremos «funcionalidad material»: lo rural sirve de soporte a actividades de producción. Se generan en el mercancías, principalmente alimentos, que pasan a circular, a dirigirse a otros espacios –generalmente urbanos– deficitarios de éstas. Pero en tal circulación no sólo se ve implicada la materia, si no también la información. Ello queda perfectamente ilustrado en la metáfora escatológica de Jesús Ibáñez:

«La ciudad es una fábrica de mierda. Receptora de alimentos, emisora de excrementos. El campo –por el contrario– es emisor de alimentos y receptor de excrementos. Así de sencillo[...] La ciudad transforma el alimento en excremento. El alimento material (metabolismo de la materia/energía [...]) y el ali-

mento “espiritual” (metabolismo de la información).» (1991:98).

Y con ello podemos entender mejor el mensaje que nos intenta enviar Pereda en la cita que abre este apartado, el cual nos habla de un tipo de funcionalidad, no material, que la sociedad ha venido atribuyendo históricamente -aunque con distintos contenidos según el momento- a la ruralidad: la que llamamos «funcionalidad moral o simbólica». Lo rural se convierte así en soporte de información (in-formar, dar forma) que circula en forma de signos dirigidos a la configuración -Pereda dirá «regeneración»- del orden social global.

Ha sido precisamente la redefinición -se podría decir re-legitimación- de la funcionalidad moral o simbólica de la ruralidad la que ha permitido a determinadas áreas rurales recuperar su pujanza social y económica, pese al declive generalizado de la que fue, a lo largo de la historia, su actividad principal y casi única: la agricultura. Un resumen de lo hasta ahora planteado nos puede servir para comprender mejor este hecho. Así, como apuntan Lash y Urry (1996), en la fase actual de desarrollo del capitalismo⁷, los productos se vacían de contenido material para cargarse de significados culturales y sociales: de tipo identitario, de distinción o de valores relativos a la naturaleza, entre otros. Hemos visto como ello ha de entenderse en el contexto cultural de la llamada Post-modernidad, donde asimismo se ven transformados los valores, actitudes... globales, provocando una ruptura con las imágenes más tradicionales de la ruralidad. También que para ello hay que entender que lo rural es, como tantas otras, una categoría construida socialmente (Berger y Luckmann, 1984), la cual contiene una representación, un principio

ordenador y clasificador que la sociedad en conjunto proyecta sobre una de sus partes (Moscovici, 1985; Mormont, 1990; Halfacree, 1993). Tal transformación en las representaciones colectivas implican que lo rural deje de verse como atrasado, marginal, cerrado en sí mismo e improductivo, para pasar a ser considerado como referente de arraigo e identidad, depositario de la memoria colectiva, escenario de sociabilidad y de participación directa en los asuntos colectivos, lugar de calidad de vida y para el ejercicio de estilos de vida diferenciados, etcétera; confirmando, de paso, un notable valor añadido a los productos que se originan en este medio. En la definición de este nuevo escenario han jugado un papel de notable importancia los diseños de la política de instituciones como la UE, a través de sus documentos, de su política regional, o de los efectos demostrativos de algunas de sus iniciativas como la LEADER. Pero no hemos de olvidar el carácter fundamental de la «cara comercial» de la vinculación con el lugar en la Postmodernidad, la cual «comercia con lo vernacular, simula lo auténtico; e inventa la herencia, tradición e incluso raíces comercializadas» (Harvey, 1993: 14). Dicho de otro modo, esa revalorización que conoce lo rural es congruente -sino una consecuencia directa- con el proceso de expansión capitalista dirigido por el nuevo modelo o estrategia de desarrollo que, en su vertiente relocalizadora, hemos designado como economía regional.

Si la cultura global viene definida por los agentes económicos y políticos dominantes en la escena internacional⁸ -grandes corporaciones, medios de comunicación, grandes potencias...-, se produce un proceso de negociación siempre plural y en ocasiones potencialmente conflictivo en la definición de lo local y de los

| COMPONENTES DE LA FUNCIONALIDAD DUAL DE LA RURALIDAD | | |
|--|------------|----------------------------|
| TIPO DE FUNCIONALIDAD: | MATERIAL | MORAL O SIMBÓLICA |
| SOPORTE DE: | PRODUCCIÓN | INFORMACIÓN (SIGNIFICADOS) |
| OBJETOS QUE PONE EN CIRCULACIÓN: | MERCANCÍAS | SIGNOS |

rasgos que definen la pertenencia a un territorio determinado. Es cierto que puede surgir el conflicto en la confrontación directa entre lo local y lo global, como es el caso de decisiones de la administración dirigidas a realizar una determinada intervención –vertederos, instalaciones peligrosas, embalses, migraciones...–. Pero los procesos de cambio que hemos detectado en la esfera económica local, implican también a las relaciones sociales en sentido amplio y de poder en sentido más estricto; a la definición o representación de la identidad colectiva, ya que desafía las condiciones de partida o contexto de una sociedad e inicia un proceso que puede acabar alterando la estructura social:

«lo local y lo rural son las representaciones de los resultados de prácticas del pasado dentro de redes [sociales], y se relacionan directamente con las configuraciones de poder que han resultado de esas prácticas previas». «Las condiciones de partida (*standing conditions*) consisten principalmente en “reglas” y “recursos”» (Marsden et al. 1993: 153).

En consecuencia, la dinámica social y los nuevos conflictos presentes en los espacios rurales son a menudo intrínsecos a la propia sociedad local, pero tampoco pueden ser entendidos al margen de la interrelación entre lo local y lo global. Camarero et al. (1993) han situado en la producción, en la planificación y en la incorporación de distintos colectivos a la identidad local los principales campos de conflicto en el medio rural. Se diría que los conflictos surgen en el proceso de definición de qué es lo local, de cuales son los elementos que constituyen su identidad y como se (debe) relaciona(r) con lo global, por parte de diferentes grupos sociales con posiciones e intereses también diferentes –expresados en representaciones y discursos–: «El significado de lo local y lo global es lo que los actores históricos, luchando en tal sociedad o lugar, tratan de darle» (Hadjimichalis, C.; 1994: 240). El lugar, por tanto, se convierte no sólo en el soporte del conflicto sino que, en su definición, acaba siendo el eje de un tipo particular de éste que podemos denominar «movilización territorial»:

«Un movimiento local o regional es justificado no tanto porque tiene lugar en localidades particulares, si no por que introduce el lugar como un componente básico de la organización y acción socio-política» (Ibid.: 242).

Los aparentes procesos de subjetivación e individuación y la cada vez mayor importancia de la privacidad, consecuentes a la nueva ética post-moderna, no nos han de hacer ignorar la importancia que adquiere la redefinición de los papeles y las estrategias de los agentes colectivos o grupos sociales. Desde los grupos primarios que, como la familia, desarrollan complejos mecanismos de adaptación y previsión –lo que hemos dado en llamar «estrategias familiares»– que, en unos casos, priman la complementariedad de los esfuerzos individuales para la consecución del bienestar del grupo, mientras en otros refuerzan la individuación de sus miembros, hasta colectivos más amplios en los que el sentido de pertenencia viene definido por la interacción compleja de factores como las trayectorias vitales, los valores, la posición en la estructura social y, fundamentalmente, por la posesión de una representación común de lo local. Los discursos de estos plurales actores sociales expresan tanto esas representaciones como la imagen voluntarista de un futuro deseable para el territorio en el que desarrollan su existencia.

Asimismo nos encontramos en un momento en el que en el medio rural comienzan a tener éxito figuras emprendedoras que, desplegando estrategias que denominaremos post-productivistas –ya que inciden tanto en la producción material como significativa de los objetos y servicios ofertados– contribuyen a la operación de «reinvención de la autenticidad» –a la que aludía Harvey (1993)– característica de la cultura postmoderna. Ese tipo de agentes sociales son capaces de combinar el conocimiento de los saberes tradicionales locales con el de las expectativas de un consumidor altamente receptivo a mensajes de tipo simbólico incorporados a los productos. El que nuevos residentes, retornados, neo-rurales... ocupen un lugar cuantitativamente importante entre estos grupos emergentes nos habla del protagonismo que los agentes más móviles, o quizás más bien itinerantes (Mazariegos, 1991),

adquieren en esa construcción social del desarrollo rural.

Los cambios sociales que, en el sentido hasta ahora expresado, se vienen produciendo en las áreas rurales no han de considerarse exclusivamente en su vertiente positiva, ni nos debemos dejar llevar por el optimismo que es frecuente encontrar entre muchos de los comentaristas de la ruralidad actual. No sólo extensas zonas permanecen en declive, sino que también algunos grupos sociales con una importancia notable en la sociedad tradicional pasan a engrosar la llamada infracase. Asimismo, el carácter complejo del nuevo escenario cultural e identitario, que como hemos visto prima con el éxito social a aquellos que participan a un tiempo de la cultura global y de los saberes locales, refuerza el carácter marginal de aquellos grupos afectados por un «déficit de regulación» (Lash y Urry, 1996), esto es, socializados en valores y normas –apego a la tierra, moral del trabajo, autosuficiencia...– en desuso: pequeños productores agrarios, jornaleros, inmigrantes...

El espacio en el que se desarrollan los procesos sociales que afectan a las poblaciones rurales se ensancha y hace fluido (Murdoch y Pratt: 1997). Se diría que muchos de ellos sólo se entienden si consideramos a un tiempo la esfera local y la extralocal. En el despliegue de sus estrategias, los distintos grupos o agentes sociales establecen alianzas con otros intereses, actores o instituciones de fuera del territorio, sin que por ello se vea afectada, más bien reforzada su identidad. Atendiendo muchas veces a factores estacionales –aunque estos se vean cada vez más superados–, aumenta también el número, la presencia y la incidencia que en la vida local adquieren los residentes ocasionales o temporales, lo que nos hace pensar en la sociedad rural como constituida por una «población abierta», de la que forman parte muchos más individuos de los que son capaces de reflejar los censos. Y esto, de lo que da buena muestra la moda del turismo rural, sin que desaparezca el sentido de pertenencia a lo local. Más bien este se hace más complejo y permite aceptar fidelidades parciales, temporales o compartidas.

En definitiva, lo planteado en este apartado responde a una de las notas principales de la itinerancia social: la necesidad de una «doble

militancia» o competencia simultánea en la llamada cultura global y en unas identidades particulares claramente reforzadas: «La cultura global, por tanto, es un fenómeno heterogéneo, una yuxtaposición de igualdad y diferencia, de lo “real” y lo “imaginado”, de narrativas locales y universales en intersección» (Amin y Thrift, 1994: 5). Es por todo esto que se explica la importancia que los discursos comunes en la sociedad actual atribuyen a la «defensa», «recuperación», «conservación», «preservación»... de lo rural, al actuar como referente clave en la construcción identitaria de las sociedades post-industriales.

4. Desarrollo y ruralidad

Comenzaba este artículo señalando que el punto de partida del desarrollo es el crecimiento. Etimológicamente ⁹, sin embargo, la acción de desarrollar procede de «des-arrollar», mediante el prefijo negativo «des», la palabra desarrollo busca la acción contraria de enrollar en el sentido de replegarse, de dirigirse hacia el interior. En su sentido histórico desarrollo sugería no tanto crecimiento o incremento como apertura. Es decir desarrollo predica antes sobre la cualidad que sobre la cantidad. Este arqueosignificado del concepto de desarrollo se convierte con el paso del tiempo en un significado futurista para un sustantivo con síntomas de agotamiento.

Hemos visto como la ruralidad se moviliza y hace dinámica, se inserta en procesos globales al tiempo que se ve sometida a otros de diferenciación local, se constituye como productora de significados e identidades. Todo ello pone en cuestión a las concepciones unitarias y esencialistas de lo rural, y fuerza la retina sociológica hacia una comprensión compleja, plural, dinámica y abierta de lo rural.

De todo lo anterior se desprende una idea bien clara de cara a la comprensión de las políticas y prácticas del desarrollo. El desarrollo rural va más allá del desarrollo local. Sobre lo rural, sobre su apropiación existen numerosos intereses y actores en juego. Es ante todo un espacio social en el que la sociedad confronta múltiples significados. Seguramente por ello, a la postre, el desarrollo rural

no sea sino un instrumento que privilegie la imposición de sentido por parte de los actores dominantes.

Para Mormont (1996) el medio-ambiente constituye el lenguaje que permite la reconceptualización sociopolítica de la ruralidad. Este «medioambientalismo», permite mantener el patrimonio social de los núcleos rurales y ofrecer valores al conjunto de la sociedad global. Evidentemente la exposición de Mormont es fundamentalmente hipotética, pero cobra sentido en la medida en que se hace patente la forma en que los diversos actores que se disputan la posesión de la ruralidad (agricultores, ecologistas, nuevos residentes, turistas, residentes secundarios, autóctonos, organismos estatales...) se ven forzados a encontrar lenguajes comunes que les permitan renegociar los significados. Este es el problema y a la vez la potencialidad del desarrollo rural —dejar de ser tramoya para convertirse en escenario de la postmodernidad—.

La concepción tecnocrática del desarrollo produce complejas tramoyas sin escena. Sirvan como ejemplo de ello los innumerables polígonos industriales totalmente desiertos que salpican por doquier la geografía rural. Desde otro enfoque, mediante la comprensión de lo rural como soporte de significados antes que como soporte de actividades el desarrollo recobra su sentido, o al menos permite otras lecturas. Posiblemente esto no sea admitido por el pensamiento economicista, que considera que el significado se desprende de la mercancía. Sin embargo, al menos para los sociólogos, puede que ya no resulte novedoso considerar también el mecanismo contrario. Es decir que el signo sea el agente que da forma —«in-forma»— a la mercancía. Un ejemplo, entre muchos posibles, lo aclara rápidamente. Hace relativamente poco tiempo que los «centollos» eran sacados del mar y utilizados como abono, incluso los pescadores argüían que «el marisco mataba el pescado». El centollo no era mercancía porque no poseía significado, o mejor dicho, su significado en cuanto alimaña le convertía en una no mercancía.

El desarrollo hasta ahora se ha volcado antes en la tramoya, en la articulación de estructuras para el aumento de producción, que en el escenario, es decir en la búsqueda de distinciones significantes que pudieran generar y

distinguir nuevas mercancías. Buena parte de este olvido procede de la consideración de lo rural en cuanto diferencia de carácter extrasocial, que sancionaba ya de por sí una distinción en cuanto a actividades permitidas y lógicas particulares de organización social de la producción. Para que la producción de significados sea posible es elemento necesario el escenario, el lugar, la arena, en donde los actores representen papeles. Es decir, el desarrollo sólo puede partir del reconocimiento de una estructura activa de comunicación entre multitud de agentes.

Halfacree (1997) ha utilizado el término «postproductivismo» para señalar el ocaso del productivismo agrario en el campo inglés. En palabras de esta autora: «postproductivismo puede señalar la búsqueda de una nueva forma de entender y estructurar la ruralidad. Se abre un espacio a la imaginación a través del cual a los intereses y actores no agrarios se les da una oportunidad para competir en crear una ruralidad a su imagen.» (pp.72)

Sirva para terminar como ejemplo de lo que aquí se está diciendo el concejo de Riosa en Asturias. Concejo tradicionalmente minero y ganadero, salpicado por la crisis del negro «carbón» y del blanco «la leche». Riosa, con menos de 3000 habitantes, seguramente sea desconocido para la mayoría de los lectores de este artículo, y aún más lo sea Angliru-Gamonal, un puerto de paso para el ganado que recientemente ha sido asfaltado. Sin embargo el Angliru, tras la reciente inclusión de este puerto, con pendientes de hasta el 22%, en el calendario de la Vuelta Ciclista a España, aspira a sustituir a los míticos Mortirolo y Tourmalet. Aunque el Angliru no es una mina de oro con la que sustituir a la de carbón, sin duda se convertirá en un lugar de referencia turístico, diferenciado de todos los valles de impresionante paisaje.

El caso de Riosa muestra como el signo es capaz de producir mercancías, cuál es el contenido de una economía del signo y del espacio y especialmente cómo sobre lo rural, planean infinidad de actores que continuamente le dotan de significado. La vuelta ciclista no es «Deus ex máchina», es un conjunto de actores que también definen lo rural. El desarrollo debe olvidarse de las tramoyas y pensar en «desenrollar» los significados que la dan su carta (social) de naturaleza.

NOTAS

¹ Una exposición en castellano de las teorías de la reestructuración rural puede verse en Oliva (1995).

² «El espacio es uno de los principales ingredientes del "contexto" y se halla, por tanto incorporado a lo social, estando ambos contruidos socialmente y siendo constitutivos de la interacción social» (Marsden y Murdoch, 1990: 30).

³ No debe confundirse aquí el carácter artesanal de la producción con la imagen idílica o bucólica que a menudo se tiene de lo artesano, sino más bien como opuesto a la estandarización vinculada a la producción en grandes series.

⁴ Configurando así el denominado «Estado del Bienestar».

⁵ Lo que este autor denominaría «paradigma del mercado atomizado y autorregulado» (Mingione, 1994: 35).

⁶ A esa idealización de los valores rurales es a lo que los autores anglosajones llaman «rural idyll».

⁷ A la que estos autores denominan «capitalismo desorganizado» (Lash y Urry, 1987).

⁸ De cuyos aspectos contradictorios y conflictivos no hablaremos aquí por cuestión de oportunidad y no por que pensemos en la inexistencia de estos.

⁹ Desarrollar: «Extender, defcoger ù deshacer el rollo que eftaba hecho de alguna cofa. Es compuefto de la preposición Des, y el verbo Arrollar.» Diccionario de Autoridades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMIN, A. y THRIFT, N. (1994): *Globalization, institutions and regional development in Europe*. Oxford.. Oxford University Press.
- BELLANDI, M. (1986): «El distrito industrial en Alfred Marshall». En: *Estudios Territoriales*, 20.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1984): *La construcción social de la realidad*. Madrid. Amorrortu-Murguía.
- BERRY, B. J. L. (1976): *Urbanization and Counterurbanization*. Beverly Hills, Sage.
- CAMARERO, L. A. (1993): *Del éxodo rural y el éxodo urbano*. Madrid. MAPA.
- CAMARERO et al. (1993): «Los campos de conflictividad en la España rural» En: *Documentación Social* n.º 90.
- CHAMPION, A. G. (1989): *Counterurbanization. The Changing Pace and Nature of Population Decocentration*. Londres, Edward Arnold.
- CLOKE, P. (1983): *An introduction to rural settlement planning*. Londres Methuen.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. (1996): «Ejes conceptuales para el desarrollo rural» En: *Curso de planificación y métodos de intervención en el desarrollo rural*. Tema 23. Madrid. UNED.
- HADJIMICHALIS, C. (1994): «Global-Local social conflict. Examples from Southern Europe». En: Amin, S. y Thrift, N.: *Globalization, institutions and regional development in Europe*. Oxford. Oxford University Press.
- HALFACREE, K. H.: (1993): «Locality and social representation: space, discourse and alternative definitions of the rural». En: *Journal of Rural Studies*, Vol 9, n.º 1.
- (1997): «Postmodern perspective on counterurbanisation» En: Cloke, P y Little, J. *Contested countryside cultures. Otherness, marginalisation and rurality*. Londres, Routledge.
- HARVEY, D. (1993): «From space to place and back again. Reflections on the condition of post-modernity.» En: Bird, J.; Barry C. y otros, *Mapping the futures local cultures global change*. Londres, Routledge.
- IBÁÑEZ, J. (1991): «Comunicaciones entre los pueblos y la ciudad». En: *Política y Sociedad*, n.º 8.
- JODELET, D. (1985): «Representation sociale: phénomènes, concept et théorie». En Moscovici, S.: *La psychologie sociale*. París, PUF.
- JOLLIVET, M. (1997): «Le rural et l'environnement: grille pour des analyses comparées. En: Jollivet (Ed.) *Vers un rural postindustriel*, París, L'Harmattan.
- LASH, S. y URRY, J.: (1987): *The end of Organized Capitalism*. Cambridge. Polity Press.
- (1996): *Economies of signs & space*. Londres. Sage.
- MARSDEN et al. (1993): *Constructing the countryside*. Londres. UCL Press.
- MARSDEN, T.; MURDOCH, J. (1990): «Restructuring Rurality.» Londres. *ESRC Working paper 4*.
- MAZARIEGOS, J.: (1991): «Presentación: las trayectorias de la ruralidad en la Sociedad Itinerante». En: *Política y Sociedad*, n.º 8.
- (1993): «Prólogo» En: Camarero, L.: *Del éxodo rural y del éxodo urbano*. Madrid. MAPA.
- MINGIONE, E. (1994): *Las sociedades fragmentadas*. Madrid. M.º de Trabajo.
- MORMONT, M.: (1990): «Who is rural? How to be rural?» En Marsden et alt.: *Rural Reestructuring*. Londres. David Fulton Publishers.
- (1996): «Le rural comme catégorie de lecture du social» En: Jollivet, M. y Eizner N. *L'Europe et ses campagnes*. Presses de Sciences Po.
- (1997): «A la recherche des espécifitiés rurales». En: Jollivet (Ed.) *Vers un rural postindustriel*, París, L'Harmattan.
- MURDOCH, J. y MARSDEN, T. (1991): «Reconstituting the rural in an urban region: new villages for old?». *ESRC Working Paper*, 26.
- MURDOCH, J. y PRATT, A. (1997): «From the power of topography to the topography of power» En: Cloke, P y Little, J. *Contested countryside cultures. Otherness, marginalisation and rurality*. Londres, Routledge.
- OLIVA, J. (1995): *Mercados de Trabajo y Reestructuración Rural*. Madrid, MAPA.
- PAHL, R.E. (1965): «Class and community in english commuter villages.» En: *Sociologia Ruralis*, n.º 5, pp. 5-23.
- PEDREÑO, A. (1998): «Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana.» Tesis Doctoral. Departamento de Sociología. Universidad de Murcia.
- PEREDA, J. M. (1988): *Peñas Arriba*. Madrid. Cátedra.

- SWYNGEDOUW, E. (1992): «The mammon quest. "Glocalisation", interespatial competition and the monetary order: the construction of new scales. En: Dunford y Kafkas, *Cities and regions in the new Europe*. Londres. Belhaven Press.
- TICKELL, A. y PECK, J. (1992): «Accumulation, regulation and the geographies of post-fordism: missing links in regulationist research.» En: *Progress in Human Geography*, 16, 2.
- TOURAINÉ, A. (1993): *Crítica de la Modernidad*. Madrid. Temas de Hoy.
- URRY, J. (1984): «Capitalist restructuring, recomposition and the regions.» En: Bradley, T. y Lowe, P. *Rurality and Locality*. Norwich, Geo-Books.